

EL JOVEN SHERLOCK HOLMES

LA SANGUIJUELA ROJA

ANDREW LANE

Traducción del inglés de
Mireya Hernández Pozuelo

 Siruela

Las Tres Edades **Serie Negra**

Dedicado a las tres profesoras que me enseñaron a escribir a lo largo de los años –Sylvia Clark, Eve Wilson e Iris Cannon– y también a los cuatro escritores cuya obra ha sido como una enciclopedia viviente para mí: Stephen Gallagher, Tim Powers, Jonathan Carroll y David Morrell.

Y un especial agradecimiento a:

Marc y Cat Dimmock por animarme; Stella White, Michele Fry, Scott Fraser, A. Kinson, Chris Chalk, Susan Belcher, L. M. Cowan, L. Hay, Stuart Bentley, Mandy Nolan, D. J. Mann y todos los demás que escribieron críticas del primer libro del joven Sherlock Holmes para Amazon justo en el momento en que lo necesitaba para sentirme más tranquilo escribiendo, y a Dominic Kingston y Joanne Owen de Macmillan por cuidar tantísimo de mí.

Gracias a todos.

Prólogo

James Hillager pensó que alucinaba cuando vio por primera vez la sanguijuela gigante.

En la selva de Borneo hacía tanto calor y había tanta humedad que parecía que estuviera en un baño turco. Tenía la ropa empapada, y el vapor de agua en la atmósfera no permitía que el sudor se evaporase y le goteaba sin cesar de los dedos y la nariz, o le resbalaba por el cuerpo y se acumulaba en cualquier sitio donde su ropa le tocara la piel. Sus botas estaban tan llenas de agua que podía oír un chapoteo a cada paso que daba. El cuero se acabaría pudriendo en unas semanas si aquello seguía así. En su vida se había sentido tan desanimado e incómodo.

El calor hacía que le diera vueltas la cabeza, y fue eso –y el hecho de que estuviera deshidratado y no hubiera comido bien durante días– lo que le hizo pensar que se trataba de una alucinación. Llevaba un rato oyendo voces en los árboles que había a su alrededor: voces susurrantes que hablaban sobre él y se reían. Una parte de su mente le decía que era solo el sonido del viento en las hojas, pero otra parte quería gritar y pedirles que se callaran. Y quizá dispararles luego si no obedecían.

Ya había visto animales que le habían dejado boquiabierto. Puede que fueran reales; pero también puede que fueran alucinaciones. Había visto monos con narices enormes y protuberantes; ranas del tamaño de su pulgar de color naranja chillón, rojo o azul; un elefante adulto completamente formado que le llegaba a la altura del hombro; y un animal parecido al cerdo con el pelo negro y un hocico alargado, puntiagudo y flexible. ¿Cuántos de ellos eran reales y cuántos un producto de su mente febril?

Will Gimson se detuvo a su lado, se inclinó con las manos en las rodillas y empezó a aspirar profundas bocanadas de aire húmedo.

–Tengo que parar un momento –dijo, jadeante–. Me cuesta mucho moverme.

Hillager aprovechó la ocasión para limpiarse la frente con un pañuelo que probablemente estaba más mojado que su cara. Tal vez las alucinaciones se debían a que había contraído alguna fiebre tropical. En aquellos bosques de Borneo se podían coger multitud de enfermedades extrañas. Había oído hablar de hombres a los que, después de darlos por perdidos en la jungla, volvían como si tal cosa tras llevar semanas desaparecidos, con la piel de la cara cubierta de pústulas o prácticamente despegándose del hueso.

Miró nervioso a su alrededor. Incluso los árboles parecían burlarse de él. Tenían los troncos retorcidos y llenos de nudos, y unas plantas y enredaderas más pequeñas salían de ellos como si fueran parásitos. Crecían tan cerca unas de otras que no podía ver el cielo, y la única luz que se filtraba era difusa y tenía un tono verdoso.

Empezó a tiritar pese al calor que hacía. No estaría en aquel terrible lugar si no temiera aún más a su jefe.

–Dejémoslo por hoy –rogó. No quería pasar ni un minuto más en aquella jungla. Solo ansiaba regresar al

puerto, cargar los animales enjaulados que habían cazado y volver a la civilización-. No está aquí. Ya tenemos suficientes animales para hacerle feliz. Olvidémonos de este. Ni se va a dar cuenta.

-Ah, ya lo creo que se dará cuenta -dijo seriamente Gimson-. Si volvemos sin un bicho, ese será justo el que él quería.

Hillager estaba a punto de discutir con él cuando Gimson añadió:

-¡Espera! ¡Creo que he visto uno!

Hillager se movió cerca de su compañero, que seguía agachado pero estaba mirando fijamente al pie de uno de los árboles.

-¡Mira! -exclamó, y señaló algo.

Hillager siguió la dirección a la que apuntaba el dedo de Gimson. Ahí, en un charco de agua entre dos raíces de un árbol, estaba lo que parecía un coágulo de sangre rojo intenso del tamaño de su mano, brillando bajo la tenue luz del sol.

-¿Estás seguro? -preguntó.

-Así es como Duque dijo que sería. Exactamente como él dijo que sería.

-¿Y qué hacemos?

En lugar de responder, Gimson alargó la mano y cogió aquella cosa entre el dedo índice y el pulgar. Lo levantó y vio cómo caía sin vida hacia un lado. Hillager lo miró fascinado.

-Sí -dijo Gimson mientras le daba la vuelta y lo examinaba de cerca-. Mira. Ahí está la boca, o la ventosa, o como se llame. Tres dientes alrededor del borde. Y el otro extremo también tiene una ventosa. Así es como se agarra: se adhiere por los dos lados.

-Y te chupa la sangre -dijo Hillager en tono amenazante.

-Y chupa la sangre de cualquier cosa que pase delante

de él lo bastante despacio como para poder agarrarse a ella –explicó Gimson–. Esos elefantes diminutos, esa especie de tapir con el hocico puntiagudo, cualquier cosa.

Hillager observó cómo la sanguijuela cambiaba de forma y se iba haciendo cada vez más larga y delgada. Cuando Gimson la cogió era prácticamente redonda, pero en ese momento se parecía más a un gusano gordo. Él seguía sujetándola con los dedos muy cerca de la cabeza, si el trozo de la boca se podía considerar una cabeza.

–¿Qué hace con ellas? –preguntó Hillager–. ¿Por qué manda a la gente hasta aquí para cogerlas?

–Dice que oye cómo gritan su nombre –respondió Gimson–. Y en cuanto a lo que hace con ellas, no creo que quieras saberlo. –Se acercó más a la criatura y la examinó detenidamente. Esta se agitó hacia él, a ciegas pero percibiendo de algún modo la sangre caliente–. Lleva tiempo sin comer.

–¿Cómo lo sabes?

–Está buscando algo a lo que agarrarse.

–¿La dejamos? –preguntó Hillager–. ¿Y buscamos otra mañana? –Esperaba que Gimson dijera que no, porque no estaba dispuesto a pasar más tiempo en esa jungla.

–Es la primera que vemos en una semana –respondió Gimson–. Podría pasar más tiempo antes de que viéramos otra. No, tenemos que cogerla. Tenemos que llevarla de vuelta a casa.

–¿Sobrevivirá al viaje?

Gimson se encogió de hombros.

–Probablemente. Si la alimentamos antes de regresar.

–De acuerdo. –Hillager miró a su alrededor–. ¿Qué propones? ¿Un mono? ¿Uno de esos cerdos raros?

Gimson no dijo nada.

Hillager se dio la vuelta y vio que Gimson le estaba mirando fijamente y tenía una expresión extraña en la

cara, que en parte reflejaba compasión pero sobre todo repugnancia.

–Propongo –dijo Gimson–, que te remangles la camisa.

–¿Te has vuelto loco? –susurró Hillager.

–No. Soy el rastreador y el guía –explicó Gimson–. ¿Cuál crees que era tu función en esta expedición? Ven-ga, remángate. Este horror necesita sangre, y la necesita ya.

Muy despacio, sabiendo cómo reaccionaría Duque si averiguaba que Hillager había dejado morir a su sangui-juela en lugar de alimentarla, empezó a remangarse la camisa.